

# CIRCUS MAXIMUS

EL NEGOCIO ECONÓMICO DETRÁS  
DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS  
JUEGOS OLÍMPICOS Y EL  
MUNDIAL DE FÚTBOL

Andrew Zimbalist



**Akal / Pensamiento crítico / 48**

Andrew Zimbalist

## **Circus maximus**

**El negocio económico detrás de los juegos olímpicos y el mundial de fútbol**

*Traducción:* Pilar Cáceres

*Atletas de todo el mundo compiten por el honor de representar a su país en unos juegos olímpicos, o en una copa mundial de fútbol. Pero el camino hacia estos megaeventos está empedrado de grandes pelotazos. Todos sabemos quién gana en el estadio, sobre terreno de juego, pero ¿quién gana fuera del mismo?*

¿Qué sucedió para que los otrora modestos acontecimientos deportivos de unos juegos olímpicos o una copa del mundo de fútbol alcanzaran semejante notoriedad? Andrew Zimbalist reconstruye la trayectoria seguida por estos espectáculos deportivos de masas desde sus orígenes (1896 en el caso de los juegos olímpicos modernos; 1930, en el de la copa del mundo de fútbol) hasta la actualidad.

*Circus maximus* combina hábilmente la narración de los hechos con el análisis riguroso de las tensiones entre bastidores; sea en Barcelona, en Sochi o en Pekín, en Sudáfrica o en Brasil, la batalla desatada –una competencia de escala mundial y con sólo un ganador posible– entre los candidatos a albergar unas olimpiadas o unos mundiales de fútbol es feroz. Las ofertas se han vuelto cada vez más disparatadas y las ocasiones para corromperse, omnipresentes. Hoy día, las denuncias persistentes de corrupción empañan los mundiales de fútbol de Rusia (2018) y Qatar (2022). Mientras tanto, ciudades de todo el mundo compiten por acoger los juegos olímpicos de verano de 2024.

*Circus maximus* retrata un mundo que dejará boquiabiertos no sólo a los amantes del deporte, sino a líderes y ciudadanos de todo el mundo. Andrew Zimbalist muestra qué les funciona realmente a ciudades y países anfitriones, y señala el camino necesario para reformar los procesos de licitación del Comité Olímpico Internacional y de la FIFA.

**Andrew S. Zimbalist** es Robert A. Woods Professor of Economics en Smith College (Northampton, Massachusetts). Destacado analista de la economía e industria del deporte, ejerce también de comentarista deportivo en importantes medios de comunicación. Ha sido asimismo profesor visitante en diversas universidades de Alemania, Japón y Suiza. Entre otros muchos títulos, es autor de *Sports, Jobs and Taxes: The*

*Economic Impact of Sports Teams and Stadiums* (1997), *The Economics of Sport, I & II* (2001), *May the Best Team Win: Baseball Economics and Public Policy* (2003), *National Pastime: How Americans Play Baseball and the Rest of the World Plays Soccer* (2005), *The Bottom Line: Observations and Arguments in the Sports Business* (2007), *Circling the Bases: Essays on the Challenges and Prospects of the Sports Business* (2010) y editor, junto con Wolfgang Maennig, del *International Handbook on the Economics of Mega Sporting Events* (2013).

Diseño de portada  
RAG

Motivo de cubierta  
*Sese-Paul Design*

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original

*Circus Maximus. The economic gamble behind hosting the Olympics and the World Cup*

Autorizado por The Brookings Institution Press, Washington D.C., EEUU

© The Brookings Institution, 2016

© Ediciones Akal, S. A., 2016  
para lengua española

Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España

Tel.: 918 061 996  
Fax: 918 044 028

[www.akal.com](http://www.akal.com)

ISBN: 978-84-460-4306-5

*En memoria de  
Ellie Abend (1924-2014),  
mi entrañable suegra  
y mi audaz correctora*

## PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Desde que este libro se publicara en tapa dura hace un año, no han cesado las noticias en torno a los juegos olímpicos y a la copa mundial de fútbol: la FIFA se ha visto involucrada en un escándalo bochornoso y el COI ha aprobado un paquete de reformas, su Agenda 2020; tras varios traspiés, Río de Janeiro celebrará las olimpiadas, mientras que Tokio ha malgastado 2.500 millones de dólares en un estadio olímpico, y Boston ha visto desvanecerse el apoyo de que gozaba su candidatura olímpica.

La primera edición *Circus maximus* se publicó poco después de que el Comité Olímpico de Estados Unidos eligiera a Boston para que representara al país en la competición internacional para conseguir los juegos de verano en 2024. Puesto que por entonces residía en Massachusetts, enseguida me instaron a que participara en un debate público sobre si era o no oportuno que Boston celebrara las olimpiadas, asunto sobre el que reflexioné en mis artículos de opinión para el *Boston Globe*, en mis conferencias y apariciones en programas de radio y televisión, y también como asesor del Comité Financiero de Boston, del Comité Ejecutivo de NAACP y del Senado, así como en el trabajo que realicé junto a Chris Dempsey en *No Boston Olympics*, y como colaborador de la candidatura de Boston 2024. Además de lo anterior y entre otras colaboraciones, participé en debates televisivos en los programas de mayor audiencia junto a Steve Pagliuca y Dan Doctoroff. Todas estas contribuciones han sido edificantes, estimulantes y divertidas, aunque por el camino haya recibido críticas, que por otra parte he encajado como si se tratara de un honor.

Esta edición en tapa blanda incluye un epílogo que analiza la candidatura de Boston con más detalle, junto a otros eventos relacionados con la Copa Mundial de la FIFA (el mundial de fútbol) y las olimpiadas ocurridos durante el pasado año. El texto de la primera edición ha sido revisado y puesto al día.

Agradezco sobre todo a Chris Dempsey, de *No Boston Olympics*, nuestras muchas conversaciones sobre los desaciertos de la candidatura de Boston 2024, y a Jim Braude y Margery Eagan que me plantearan las preguntas más difíciles. Gracias también a Andy Larkin, Enno Gerdes, Liam Kerr, Kelly Gossett, Lisa Genasci,

Ted Cartselos, Dan Gardner, Stan Rosenberg, Bill Straus, Elizabeth Warren, John Henry, Malcolm McNee, Arthur MacEwan, Doug Rubin y Peter Kwass por sus conversaciones y sugerencias. Ha sido un placer tratar con los atentos Bill Finan y Valentina Kalk de *Brookings Institution Press*. Por último, quisiera expresar mi cariño y gratitud a los miembros de mi familia, Shelley, Alex, Ella, Jeff y Mike por su apoyo e interés en mi trabajo.

## PREFACIO

Cuando en 2003 me llamó Gerry Schoenfeld, director de la Organización Shubert y el productor más veterano de Broadway, llevaba más de una década trabajando en el campo de la economía deportiva. Me había dedicado, entre otras cosas, a analizar el impacto que tienen los clubes deportivos en las ciudades<sup>[1]</sup>. La opinión de los investigadores académicos independientes era unánime: los estadios y los clubes no tienen, por lo general, un efecto positivo sobre el empleo ni suelen mejorar la economía de las ciudades. Esta conclusión se basaba, en parte, en el hecho de que los turistas deportivos invierten exclusivamente en los eventos deportivos y no gastan dinero en otros sectores de la economía local.

En cambio, parecía plausible la hipótesis de que los megaeventos deportivos (olimpiadas, el mundial de fútbol y la *Super-bowl*) pudieran tener un efecto más positivo, gracias a que los que viajan para asistir a estos megaeventos son en su mayoría forasteros o extranjeros que contribuyen con dinero fresco a la economía de las ciudades y países que compiten por celebrarlos.

Al parecer, el efecto sustitutivo funciona de manera diferente en el caso de los megaeventos, aunque siga siendo válido. La conspiración de otros factores hace, sin embargo, que sean dudosos instrumentos de promoción de la economía local, excepto en casos excepcionales, cuando se dan una serie de prerrequisitos y una planificación e implementación eficaces.

Cuando recibí la llamada de Gerry Schoenfeld, en 2003, no conocía los detalles sobre el plan que estaban elaborando. Sabía que habían pasado dos años desde los ataques del 11 de septiembre de 2001, y que la ciudad de Nueva York necesitaba reconstruirse. Bajo el liderazgo de Dan Doctoroff, teniente alcalde y responsable de los asuntos económicos durante la alcaldía de Michael Bloomberg, y gracias a la ayuda de las principales constructoras de la ciudad y de los sindicatos, se había creado un comité para presentar una candidatura de cara a los juegos olímpicos de verano de 2012.

Ni a Schoenfeld ni a la Organización Shubert les gustaba el plan. Por un lado, lo consideraban un despilfarro de los recursos financieros de la ciudad y una forma nada inteligente de hacer

uso del escaso terreno disponible, aunque lo que más les preocupaba era el impacto que las olimpiadas pudieran tener en Broadway. La pieza clave iba a ser el estadio olímpico, que se habría construido en el área circunscrita entre las calles 31 y 33 y las avenidas 10 y 11. Esta zona, que ocupa unas seis manzanas, alberga la playa de maniobras de los ferrocarriles que conducen a Long Island. Para construir un estadio olímpico en esos terrenos, hubieran tenido que colocar, en primer lugar, una plancha de hormigón sobre toda la playa. Semejante losa de hormigón de una dimensión equivalente a seis manzanas habría costado 400 millones de dólares (más los 500 millones de dólares aproximadamente que habría costado la construcción del estadio). Tras los diecisiete días que duran los juegos, y después de algunas reformas costosas, el estadio habría pasado a ser propiedad de los New York Jets de la NFL. Los Jets habrían jugado allí diez partidos anuales (incluidos dos partidos de exhibición). Tal vez se hubieran celebrado conciertos o partidos de fútbol entre equipos universitarios, aunque es muy probable que el estadio no se hubiera utilizado más de quince días al año, pese a que la construcción de hormigón y el estadio habrían sido financiados con dinero público.

Puede que por aquel entonces mi conocimiento de la economía de estos megaeventos no fuera perfecto, pero lo que tenía claro es que colocar una losa de hormigón de una extensión de seis manzanas en el West Side de Manhattan, en la zona que mira al Hudson, no era un proyecto valioso ni para el país ni para el mundo. Que, además, fuera a construirse de cara a un evento que dura menos de un 5 por 100 del total de los días que tiene el año, resultaba aún más carente de sentido.

A la Organización Shubert le parecía un desatino. El estadio se ubicaría a un paso de los teatros de Broadway. La mayoría de los partidos de los Jets se celebran los domingos por la tarde, lo que habría supuesto un tráfico infernal para asistir a las funciones vespertinas de los domingos. Las disputas y la algazara después del partido tampoco ayudarían. Si lo que se pretende es destinar fondos públicos a la financiación de distintas modalidades de entretenimiento en Manhattan, la Organización Shubert se preguntaba por qué no se dedicaban esfuerzos a mantener y renovar lo más venerable del sector del entretenimiento allí: los teatros de Broadway.

Schoenfeld me pidió que realizara un análisis económico y que publicara y discutiera públicamente sobre el tema. Me puse a investigar a fondo acerca de la economía de los juegos olímpicos y llegué a la conclusión de que el plan de Dan Doctoroff no era realista. Así lo vio también, por fortuna para la ciudad de Nueva York, el Comité Olímpico Internacional (COI). En 2005, el COI anunciaba que la candidatura ganadora para celebrar los juegos olímpicos de verano de 2012 era Londres.

Continué con mis investigaciones en los años sucesivos sobre la economía de los megaeventos y trabajé como consultor para varias ciudades que estaban considerando la posibilidad de presentar su candidatura. En 2012 edité un libro junto con el economista y medallista olímpico Wolfgang Maennig, el *International Handbook on the Economics of Mega Sporting Events*, donde se abordaba este asunto desde un punto de vista más académico y técnico.

En febrero de 2013, el Comité Olímpico de los Estados Unidos (USOC) envió una carta a cincuenta ciudades del país, entre las que se encontraba Boston, invitándolas a presentar su candidatura de cara a la celebración de los juegos olímpicos de verano de 2024. Unos cuantos meses después, Mitt Romney sugirió al gobernador de Massachusetts, Deval Patrick, que fuera Boston la candidata a convertirse en ciudad sede. Patrick sometió el asunto al Legislativo, que a su vez encargó un estudio a una comisión de diez miembros elegidos por el gobernador.

Tras su aprobación, el senador del estado de Massachusetts y líder de la mayoría del Senado Stan Rosenberg me escribió para preguntarme si estaba interesado en formar parte de la comisión, a lo que respondí de forma positiva, siempre que me lo permitiera el volumen de trabajo y los plazos estipulados. El senador Rosenberg, agradecido, me pidió que le mandara mi currículum, que luego enviaría a Deval Patrick junto a una carta de recomendación donde solicitaba mi nombramiento. Al parecer, lo mismo le ocurrió a Victor Matheson, economista del *College of the Holy Cross* en Worcester, Massachusetts, experto en la economía de los megaeventos, a quien llamó otro legislador del estado. Le hablé, además, al senador Rosenberg de Judith Grant Long, catedrática de la Universidad de Harvard y reconocida experta en materia de economía urbana en su relación con las olimpiadas y otros megaeventos deportivos.

Parece ser que el gobernador Patrick no nos había elegido para que formáramos la comisión, sino que había nombrado a varios ejecutivos del sector hotelero y de la construcción, los sectores que más se habrían beneficiado de haberse celebrado los juegos en Boston. Después de algunos meses, la comisión concluyó que el asunto requería un ulterior estudio. Aunque ni el Legislativo ni el Ayuntamiento de Boston apoyaron la candidatura de la ciudad para acoger los juegos olímpicos (y en julio de 2015 seguía siendo así), el Comité Olímpico de Estados Unidos eligió a Boston candidata en la competición internacional para convertirse en sede de las olimpiadas de 2024.

La maniobra del gobernador Patrick me volvió aún más cínico, si cabe, respecto a la política y sus intereses. Tal vez no pueda engañarse siempre a todo el mundo, pero no hay duda de que ese es el objetivo de muchos políticos. Había llegado, pues, el momento de examinar en profundidad y con la cabeza fría la dimensión económica de la celebración de los juegos olímpicos y del mundial de fútbol, de una manera en que pudieran entenderlo los no economistas. Y este es el propósito del libro.

Su título, *Circus maximus*, es una referencia al anfiteatro que en la antigua Roma se destinaba a las carreras de cuadrigas y al entretenimiento de las masas. Con el término *circus* (circo) nos referimos hoy día al espectáculo ambulante de fieras, trapecistas y payasos o, metafóricamente, a una situación de bullicio y caos. *Maximus* (máximo) señala, es evidente, el grado superior de algo. Creo que en 2014 no hay mejor manera de describir lo que representan los juegos olímpicos y la copa mundial.

Serge Schmemmann, miembro del consejo editorial de *The New York Times*, describió la copa mundial como «una batalla para conseguir primacía a nivel global en lo que los norteamericanos insisten en llamar soccer». En cuanto estadounidense y ávido lector del *New York Times*, no puedo decir que esté mintiendo. En este libro utilizo la palabra «fútbol» para referirme al «Association Football», su denominación completa<sup>[2]</sup>. Ciertamente, «fútbol» es la denominación más común, tanto en Reino Unido como en el resto del mundo, pero no comparto la extendida idea de que, para distinguirlo del fútbol americano, los estadounidenses inventáramos el término «soccer». Pues lo cierto es que el *Oxford English Dictionary* registra el primer uso de la palabra «soccer» en 1889 por parte de un escritor inglés (que empleó la variante

«socca»). Esta palabra, al parecer una abreviatura de «asociación», se utilizó por primera vez en oposición al «fútbol rugby», también popular en Inglaterra, y desde entonces forma parte del acervo del inglés<sup>[3]</sup>. La *Fédération Internationale de Football Association*, la FIFA, es el órgano rector del fútbol mundial.

Durante la investigación y la redacción de este libro recibí el apoyo de muchos colegas a quienes quisiera agradecerles su ayuda: Victor Matheson y Rob Baade, con quienes departí largo y tendido acerca del tema y con quienes habría escrito este libro de habérselo permitido sus compromisos. La colaboración con otros muchos colegas ha sido muy enriquecedora; agradezco que hayan compartido conmigo sus conocimientos y su pericia a, entre otros, Wolfgang Maennig, Roger Noll, John Siegfried, Allen Sanderson, Brad Humphreys, Dennis Coates y Stefan Szymanski. Gracias a Luis Fernandes, Gavin Poynter, Paulo Esteves, Ferran Brunet, Ricardo Guerra, Don Fehr, Denis Oswald, Anita DeFrantz, Michael Leeds, Nancy Hogshead-Makar, Anne Power, Martin Church, Derek Shearer, David Goldblatt, Jules Boykoff, David Eades, Judith Grant Long, Sunil Gulati, James Easton, Phil Porter, Martin Müller y Chris Gaffney. Finalmente, quiero agradecer inmensamente su apoyo a los miembros de mi familia: Shelley, Alex, Ella, Jeff y Mike.

[1] Véase, por ejemplo, Roger G. Noll y Andrew Zimbalist (eds.), *Sports, Jobs and Taxes: The Economic Impact of Sports Teams and Stadiums* (Brookings Institution Press, 1997).

[2] Stefan Szymanski y yo seguimos la misma práctica en nuestro libro, *National Pastime: How Americans Play Baseball and the Rest of the World Plays Soccer* (Brookings Institution Press, 2006).

[3] Véase una divertida discusión de este asunto etimológico en Sarah Lydall, «Up in Arms over “Soccer» vs. “Football»», *New York Times*, 19 de junio, 2014.

## CAPÍTULO I

### El problema de celebrar las olimpiadas y la copa mundial de fútbol

En 1984 ninguna ciudad deseaba convertirse en sede de los juegos olímpicos. La violencia y la protesta política marcaron las olimpiadas de Ciudad de México en 1968. Los juegos de Múnich celebrados en 1972 terminaron en tragedia, con el asesinato de once atletas israelíes a manos de terroristas. Los juegos de Montreal de 1976 costaron 9,2 veces más de lo planeado inicialmente, endeudando a la ciudad durante treinta años.

En aquella época, organizar unas olimpiadas no otorgaba fama alguna, por lo que el Comité Olímpico Internacional (COI) tenía dificultades para encontrar una sede. La ciudad de Los Ángeles, ya que no competía con nadie, propuso un trato al COI: que este garantizara las pérdidas y que la ciudad utilizase la infraestructura de la que ya estaba dotada gracias a haber acogido las olimpiadas de 1932<sup>[1]</sup>. Este acuerdo favorable, junto con el *marketing* agresivo e inteligente de patrocinadores corporativos diseñado por Peter Ueberroth, resultó en un modesto beneficio de 215 millones de dólares para el comité organizador de Los Ángeles.

La experiencia de Los Ángeles supuso un punto de inflexión. Una vez comprobado que los juegos podían generar ganancias, numerosas ciudades y países se apresuraron a competir por el honor de celebrarlos. Y dicha rivalidad adquirió casi la misma intensidad que la competición atlética en sí. Las ciudades comenzaron a hacer ostentación de sus candidaturas, hasta el punto de que hoy día no resulta raro invertir hasta 100 millones de dólares sólo para presentar una candidatura.

En la carrera por superar al contrincante, los gastos por celebrar los juegos olímpicos han alcanzado cifras de más de 40.000 millones de dólares, en el caso de los juegos de verano de Pekín de 2008, y de unos 50.000 millones en los juegos de invierno de 2014 celebrados en Sochi. Los países en vías de desarrollo se han lanzado recientemente a participar en la competición por convertirse en sede. La inversión que han tenido que realizar ha sido mayor, dada la deficiente infraestructura de estos países en transporte, comunicaciones, energía, servicios e infraestructura

deportiva. Otros megaeventos deportivos han experimentado una escalada de costes similar. El coste de organizar la Copa Mundial de la FIFA, el gran acontecimiento futbolístico celebrado cada cuatro años, se ha multiplicado desde los varios cientos de millones en 1994, año en que tuvo lugar en EEUU, hasta la suma de entre 5.000 y 6.000 millones invertida por Sudáfrica en 2010 y los entre 15.000 y 20.000 millones de dólares gastados por Brasil en 2014. Qatar podría batir todos los récords en la Copa Mundial de la FIFA en 2022, ya que se estima que puede llegar a gastar la desorbitada cifra de más de 220.000 millones de dólares.

La historia podría estar repitiéndose. Igual que en la década de los setenta apenas había ciudades candidatas, hacia 2014 los crecientes costes han venido significando una carga para los países con menos recursos y con escasos servicios públicos. Mientras que los promotores de las competiciones exageran los beneficios económicos asociados a la celebración de estos ostentosos eventos deportivos, las poblaciones de las ciudades sede no se muestran muy optimistas. Además de no ver el beneficio económico de estos megaeventos, los ciudadanos han experimentado cambios sociales y una redistribución de recursos antes destinados a cubrir sus necesidades básicas. Estas competiciones benefician a sus promotores, pero son la clase media y la clase trabajadora quienes, con creciente malestar, han tenido que pagar por ello.

En junio de 2013, la celebración de la Copa Confederaciones (una competición de fútbol que se celebra cada cuatro años a nivel internacional, justo antes del mundial, en el país cuya candidatura ha resultado ganadora) hizo salir a la calle a más de medio millón de brasileños para protestar contra el gasto del gobierno, de entre 15.000 y 16.000 millones de dólares, en la construcción de nuevos estadios y en infraestructura (algunos aún por terminar) de cara al mundial de fútbol, pese al hecho de que los servicios de transporte del país son pésimos, y cada vez más caros, la sanidad deficiente, las escuelas no disponen de recursos y la vivienda escasea. Las protestas populares fueron intensas durante 2013, recrudeciéndose a medida que se acercaba el mundial en junio de 2014. Policía, maestros y servicios de transporte y aeroportuarios de muchas ciudades brasileñas han organizado